

Bernardo se animó de pronto. Hubiérase dicho que la contrariedad reflejada en todos los semblantes le impulsaba á tomar una determinación rápida como todas las suyas.

— ¿Un diablo rojo, decis? — exclamó sonriente. — Pues sabed que aún no he visto ninguno. Si ese de que habláis habita el salón de Coconás, pareceme que el sitio no puede estar mejor elegido para mis confianzas, y en el domicilio del diablo rojo narraré á quien quiera oír la sencilla historia de mi encuentro con Spolto-Dulci, el inventor de la estocada cegadora.

Así diciendo dirigióse hacia la puerta de dicho salón, que con asombro general abrió la japonesa sin esfuerzo alguno.

Aunque brillantemente iluminado, el salón de Coconás estaba vacío. En él entraron los brillantes caballeros, recobrado ya el aplomo al darse cuenta de la ausencia de Mammouth el rojo, y en él entró también la gehisa.

— Hermosa mascarita, — le preguntó Chicot cerrando la puerta por la que acababan de penetrar — ¿no nos darás aquí la satisfacción de descubrir tu divino semblante?

Sin hacerse de rogar, la japonesa se quitó el antifaz.

Y al ver su rostro, todos los presentes exclamaron sorprendidos, casi simultáneamente:

— ¡Fiamma! ¡Fiamma, la protegida del señor Salem-Kébir!

IX

EN EL QUE CORTOMONTEL HACE DE REY

Debemos al lector una explicación. Estamos en el deber de decirle cómo y porqué Sed de Amor había podido presentarse ante el auditorio del poeta Ronsard en el momento psicológico, siendo así que fuerzas numerosas rodeaban el Hotel y la torre de Nesle con orden de alejar á todo trance á quien pretendiera acercarse á dichos edificios.

Para enterarle de ello, hemos de volver un poco atrás, llevando de nuevo al lector al Priorato del Cuenco.

Trastornado por su dolor, Bernardo de Arma hubo de pasar las últimas horas de aquella noche trágica cerca del lecho en que descansaba, insensible y fría, la pobre Solange de Villanueva, la víctima de una pasión tan irreflexiva como desgraciada.

Cerca de él, aunque sin mostrarse, hallábanse Fiamma y Juanola, á quienes el gran marqués había recomendado acudir en auxilio del joven en caso de

que un nuevo acceso de desesperación pusiera en peligro su vida por la segunda vez.

Afortunadamente para todos, las dos mujeres no tuvieron necesidad de intervenir. Bernardo habíase razonado, y su dolor se calmaba.

Hallábase, sí, dispuesto á vengar á Solange, á castigar de un modo terrible al raptor de su corazón, al asesino de su cuerpo; pero el soberano bálsamo imaginado por Fiamma producía sus efectos sin que el joven se diese de ello cuenta y poco á poco la dulce visión de Glorieta fué interponiéndose entre su pensamiento y el recuerdo del reciente drama.

Muerta Solange, ya no podía haber en el mundo más mujer para Bernardo, que la mudita rubia cuyo semblante parecíase tanto al de la que acababa de desaparecer de modo tan trágico.

Mediaba la mañana del siguiente día, cuando regresó el marqués de Villanueva-Marsan, caballero en Djaulia.

Durante la ausencia del noble prócer, el buen Farabras habíase dedicado á llevar á buen término una operación un tanto delicada: la de desembarazarse de los hombres que componían la escolta de Rolando, á los que encontrara completamente borrachos en las cuadras. Y para realizar su proyecto, el digno insular habíalos encerrado uno después de otro en cuatro toneles vacíos.

Hizo rodar los toneles, sin curarse de las blasfemias y juramentos de los beodos arrancados bruscamente á su sueño reparador, y cuando los tuvo junto á la orilla del río, los pasó en revista. Luego, de un formidable

puntapié, lanzó al agua la primera barrica, que se hundió en el Sena, reapareciendo enseguida, para alejarse en fin aguas abajo, rodeada de pequeños penachos de blanca espuma.

Y como si los hombres encerrados en los tres toneles que aun estaban colocados en la orilla, comprendiesen la suerte que les estaba reservada, diéronse á lanzar lastimeros quejidos que provocaron la hilaridad del expeditivo Farabras.

— ¡Pues no tienen poca prisa de navegar estos condenados! — exclamó disponiéndose á lanzar al río uno de los tres toneles.

Pero en aquel momento hubo de ver cómo el caballo blanco se detenía en la orilla opuesta, y lanzándose á los remos, empujó la barcaza.

— ¿En qué te ocupabas cuando yo llegué? — le preguntó el gran marqués al desembarcar en la isla. — ¿Qué es lo que contienen esos tres toneles?

— ¡Géneros de exportación! — contestó Farabras. — Me desprendo de las mercancías averiadas que el señor duque dejó abandonadas en el Priorato.

— Me parece que te comprendo. Quieres decir que en esos toneles están encerrados los hombres que le dieron escolta... Pero me parece que eran cuatro.

— Pues solo quedan tres, monseñor.

— ¿Y el cuarto?

— El cuarto se embarcó sin mucho entusiasmo para regiones desconocidas de las que no se vuelve nunca.

— ¡Desgraciado! — exclamó el marqués. — ¿Por

qué cometer crímenes inútiles? Consérvame esos, porque es posible que los necesite.

Poco después el gran marqués penetraba en el cuarto del crimen, y encontró á Sed de Amor inmóvil, sentado cerca del lecho de Solange, y profundamente dormido.

El cansancio y las emociones habían vencido aquel cuerpo de hierro.

En los labios del caballero parecía vagar una sonrisa. Tal vez en sueños creía hallarse en el parque de Bonaguil cerca de su amiga casta y vibrante. Tal vez vagaba su espíritu por la viña de los cartujos, ó por el muro de cerca del castillo de Vincennes, ó por el lago luminoso, únicos sitios en los que había podido conocer, admirar y amar á la inocente rival de la orgullosa Villanueva.

— ¡Más vale así! — pensaba contemplándole el marqués. — Probablemente no habría podido soportar este heroico joven el espectáculo de la semi-profanación que voy á cometer.

Dejando á Bernardo sumido en su sueño letárgico, y luego de recomendar á Juanola y á su madre que lo despertasen á las cinco de la tarde para entregarle un pliego sellado que él puso en manos de las mujeres, fué á encerrarse con Fiamma en lo que fuera un tiempo habitación de la marquesa.

Parécenos de todo punto innecesario entrar aquí en detalles de lo que fué la operación en aquel cuarto practicada. Bástenos afirmar que aquel padre estoico que era un practicante habilísimo, dueño en absoluto de sí mismo, supo conservar su presencia y lucidez de espí-

ritu sobreponiéndose á su inmenso dolor, y ni siquiera se le vió palidecer al hundir el escalpelo en el admirable cuerpo de su desgraciada hija, ni al inyectar bajo la piel ya fría, las preparaciones químicas de que iba provisto. La tarea fué larga, científica, macabra.

Pero cuando terminado el embalsamamiento, y vestido el cuerpo con el traje de aparato que ella escogiera para su amorosa escapatoria, fué colocada de nuevo Solange sobre el lecho mortuario, el gran marqués no pudo contener sus lágrimas, y lloró pausada y silenciosamente.

Transcurrida una hora, aun no había recobrado la calma. Fiamma lloraba como él, y como él rezaba algunas oraciones.

Sin embargo, el ruido que Faraubras hizo al rodar por el patio empedrado los toneles ya vacíos, hubo de sacar á ambos de su ensimismamiento.

Púsose en pie el señor de Villanueva-Marsan. En su rostro leíase una decisión inquebrantable.

— ¡Basta de lágrimas! — murmuró. — Desaparezca el padre para dar paso al súbdito leal, al defensor del trono... ¡Por el honor! ¡A todo! ¡Villanueva!

Luego, volviéndose á la que habíale prestado su precioso concurso, añadió en voz alta :

— Hija mía, si la bendición de un anciano que ha sufrido mucho es débil recompensa para lo que hiciste, como yo creo, te suplico sin embargo que la aceptes, teniendo al mismo tiempo por seguro que por mucho que dure mi vida, me consideraré siempre tu deudor. Vamos á separarnos...

Fiamma le interrumpió.

— ¿Sería indiscreto preguntaros — dijo — si os volvéis á París?

— Allí voy en efecto.

— En ese caso, y suponiendo que no echéis á mala parte mi súplica, os ruego encarecidamente que me llevéis con vos.

— ¿Qué prisa te corre dejar este sitio?

— El servicio del amo.

— ¡Ah! ¿Tú tienes un amo?

— Salem-Kebir.

— ¿El brujo bienhechor? Es natural.

— Debe estar extrañado de mi ausencia.

— ¿Sabes si estará esta noche en la fiesta que debe darse en el Hotel y torre de Nesle?

— Los dos asistiremos, señor.

El gran marqués reflexionó un momento.

— Joven, — dijo luego — el aire está cargado de electricidad, lo mismo en la tierra que en el cielo... Se preparan graves acontecimientos... La revolución ruge... La corona no está firme en las sienes del rey... Tal vez nos encontremos cara á cara de nuevo : si tal pasa, dime, ¿estarás á mi lado ó contra mí? Aunque no ; vale más que lo ignore ; que me limite á pedirte una sola cosa : la discreción más absoluta respecto á lo que de mí conoces.

— Seréis obedecido, señor ; — dijo Fiamma.

— Te creo : tú eres de las que no engañan. Otra cosa. Glorieta, la hija del carcelero Pedro Mirot...

— No es hija de Pedro Mirot.

— ¿No? En fin, esa niña estará también esta noche en la torre de Nesle. ¿Le harás traición?

— La serviré.

— En ese caso, sígueme.

Poco después de este diálogo, Faraubras amarraba de nuevo su barcaza, contemplando cómo un caballo negro perdíase á lo lejos, internándose en la espesura del bosque de Rouvray. Era Montjoie que regresaba á su cuadra del arrabal San German llevando sobre sus lomos á su amo y á Fiamma.

A la hora prescrita, las cinco de la tarde, Sed de Amor vióse arrancado á su sueño por una caricia singular. Pareciale sentir en la cara algo así como el contacto de una compresa húmeda y caliente.

— ¡Vientrepapa! — rezongó pasando el dorso de la mano por su semblante mojado. — Prepárese el menguado á saber lo que cuesta despertarme así...

Su naciente cólera se deshizo en el acto en una sonrisa. Acababa en efecto de reconocer á *Diógenes*, en cuya dulce mirada reflejábase la sorpresa. Como que el noble animal no estaba acostumbrado á ver recibidas con cólera amenazadora sus inocentes familiaridades.

— Bueno ; — dijo Faraubras tirando de una mecha de sus cabellos á modo de saludo. — Veo que no me equivocaba en mis apreciaciones. Porque ello es, señor caballero, que deseoso de evitar una probable distribución de puñadas, os hice despertar por ese animalito... Nada hay que deba extrañaros, pues no ignoramos que sois poco sufrido... Monseñor nos advirtió al marcharse...

— ¿De modo que se ha ido el señor de Villanueva?
— preguntó Bernardo con aire sombrío pues acababa de recordarlo todo. — ¿Pero y Fiamma?

— ¿Quién, la hermosa morena?

— Sí : continúa con... en fin, ya sabéis.

— No : se ha ido con monseñor. Pero monseñor ha dejado este pliego para vos.

Sed de Amor tomó el pliego que le tendía el rústico guardián del Priorato, y luego de enterarse de su contenido preguntó :

— ¿Qué hora es?

— Las cinco dadas, señor caballero.

Bernardo se puso en pie de un salto.

— Tiempo tendríamos, — murmuró á media voz, acariciando la cabeza del perro. — Pero me estorban esos tres ganapanes que el señor de Villanueva desea que le lleve... ¡Bah! los ataremos á la cola de Djaulía.

— Permitid, señor, — interrumpió Faraubras; — tenemos cuatro caballos...

— Pues servirán, amigo mío, servirán; tres serán montados por los presos á quienes ataremos unos á otros por medio de una cuerda... Una cuerda que deberá tener ciento sesenta pies de longitud; es la medida que se me indica. ¿Tenéis eso?

— Los monjes — dijo Faraubras — gustaban del cáñamo; supongo que encontraremos lo que necesitáis.

— Pues id y preparadlo todo. Partiremos dentro de algunos minutos.

Dadas estas órdenes, desnudó Bernardo su cabeza, dirigiéndose enseguida con paso automático hacia la

cámara trágica. Deseaba inclinarse una vez más ante los restos mortales de la hermosa Villanueva.

Tenía Bernardo la íntima convicción de que iba á ver un semblante ya descompuesto, lívido, espantoso. Su sorpresa fué enorme al observar que las mejillas de Solange, semejantes á las de la muerta que tuvo ocasión de ver en el Hotel de Entragues, conservaban el color sonrosado de toda epidermis bajo la cual circula la sangre, y con dicho color las apariencias todas de la vida.

Profundamente impresionado, alentando cierta vaga esperanza, se aproximó con lentitud al lecho. Y ya junto á él, ganoso de cerciorarse de si en lo que veía había subterfugio ó realidad, porque se le antojaba notar en la muerta movimientos respiratorios, tuvo el atrevimiento de poner su mano en el seno de la virgen.

El contacto de aquel pecho le produjo el efecto de una sacudida eléctrica. No : el seno no palpaba.

Bernardo comprendió entonces, y hubo de estremecerse. Lo que él había tomado por frescos colores no era más que la manifestación de una última y femenil coquetería. Solange habíase pintado el cutis ante el espejo, al salir de su cuarto para dirigirse á la amorosa cita... Y he aquí que el evidente deseo de la joven de agradar á un ser indigno de ella, acababa de recordar violentamente á Bernardo la traición de la desgraciada.

Comenzaba ya á anochecer cuando el barquero encargado de pasar de una á otra orilla á los que dirigíanse á Paris, vió desembocar del bosque de Rouvray á un jinete marchando al paso de andadura.

— Caballo blanco, — murmuró haciendo visera de sus dos manos — ese debe ser, si no me equivoco, mi primer cliente de anoche; el que no tuvo paciencia para acabar la travesía y se echó al agua con su montura y la hermosa mujer que llevaba á la grupa. La verdad es que se ven unas cosas en nuestro oficio... Precisamente esa mujer pasó no hace mucho en un caballo negro montado por el señor de edad que anoche me interrogó con tanta autoridad, aunque pagándome bien... Será cosa de abrir el ojo; porque por lo visto, ó mucho me equivoco ó todo esto quiere decir que el padre se lleva á la señorita, y que ahora llega el amante para disputársela, sabe Dios cómo... Y que el hombre tiene cara de pocos amigos.

Realmente, el avinagrado semblante de Sed de Amor y su modo de acariciar los gavilanes de la espada, eran para imponer respeto á cualquiera.

— Pero ¿qué es eso? — continuó monologando el barquero, cuya mirada escrutadora acababa de descubrir algo extraño. — ¿Habrá cambiado la niña contra el perro? Porque ese animal acompañaba anoche al caballo negro, mientras que ahora fraterniza con el blanco... Me parece muy extraño todo esto.

En efecto, un perro grisáceo trotaba junto al caballo que iba acercándose. Pero estaba escrito que la curiosidad del buen hombre debía verse aún sometida á más ruda prueba.

— ¿Será posible? — exclamó de pronto abriendo desmesuradamente los ojos. — Lleva una cuerda atada al arzón de la silla. Una cuerda que arrastra y se pierde...

Aunque no... A menos que yo no vea visiones, me parece distinguir... sí, uno, dos, tres, cuatro, otros cuatro jinetes atados por la cintura... Vamos, por lo visto es una cuerda de malhechores, como las que según parece se veían a menudo en tiempos del buen rey Luis onceno y su barbero...

En aquel momento llegaba junto á él Sed de Amor.

— Buen hombre, — le dijo, — ¿es bastante sólida tu barcaza para pasarnos á todos de una vez?

Y como el barquero contestara afirmativamente, la operación se llevó á cabo con toda felicidad en muy pocos minutos.

Por un favor especialísimo, el gran Prevoste de París había autorizado á la dama Mirtilla, llamada también la Pulpa, para abrir al público aquella noche, aunque lo más discretamente posible, su famoso establecimiento. Gracia era esta que, más que tal, parecía una burla si se tiene en cuenta que las más hermosas miñonas y los clientes más asiduos y pródigos de la famosa celestina no podían visitarlas por concurrir á la fiesta que á la misma hora celebrábase en el Hotel de Nesle.

Por eso, y sin duda por no desperdiciar la ocasión, la Pulpa había recurrido á Faustina y á Mariola, con las que podía contar para todo, y aun disponíase á ofrecerse personalmente á los clientes, que iban acudiendo en gran número, á fin de sostener á todo trance la reputación de hospitalería de que gozaba la casa de las miñonas.

Las tres mujeres hallábanse muy ocupadas en distraer de modo en verdad poco moral á los escolares que poblaban aquella noche el salón principal de la casa, cuando dos sombras humanas llegaron á perfilarse cerca de ella, á orillas del Sena. Remontaba la primera la corriente del río, y era una sombra larga y estrecha, á la que daba aspecto de un ave zancuda la larga capa que levantaba por detrás el extremo de una espada. La otra sombra, mucho más pequeña, casi redonda, llegaba en sentido contrario, y más que marchar parecía que rodase.

Al encontrarse frente á frente las dos siluetas se detuvieron.

— ¡Ombliigo de Plutón! — gruñó el pelicano mirando hacia abajo. — ¿Qué insecto es este que me llega no sé de dónde?

Y la sombra redonda habló á su vez para decir :

— ¡Vientre de pulga! Un palo de cucaña que se pasea... ¡Qué cosa más rara!

Impertinencias eran estas que hubieran debido provocar un conflicto. Pero sucedió todo lo contrario, porque Matraca y Cortomontel acababan de reconocerse.

— ¿Sois vos, compadre? ¿Pero dónde diablos os habíais metido? — dijo este último.

Y Matraca afirmó :

— Ah, barón, no sabéis cuánto he tenido que sopor-
tar por haber dejado vuestra compañía.

El enorme escudero explicó entonces cómo deseoso de ganar unos cuantos testones habíase dejado convencer por un hombre de palabra melosa y persuasiva,

y cómo en vez de embolsar el prometido dinero habíase visto despojado del rucio y del poco numerario que le restaba por los bandidos de Chaumont, luego de ser testigo forzoso del tormento horrible de Sed de Sangre.

La verdad histórica nos obliga á consignar que el gran Cortomontel escuchaba distraído las lamentaciones de Matraca. Apoyado contra el muro de la casa de las miñonas, parecía concentrar toda su atención en los ruidos procedentes del interior de la misma.

Hubo un momento en que se le oyó murmurar, entre incrédulo y sorprendido :

— ¡Sangre de sapo! Juraría que es su voz la que estoy oyendo.

— ¿Qué voz, barón, la del señor caballero? — preguntó ansioso Matraca.

— ¡Qué caballero ni qué niño muerto, barón imbécil! Hablo de la voz de mi... de una... en fin, que yo me entiendo.

— Puede. Pero también se me alcanza á mí que ahí dentro se divierten de lo lindo, y que probablemente deben cenar; — exclamó con cómica compunción el buen Matraca, cuyo estómago vacío reclamaba contra una larga abstinencia.

Oíase en efecto ruido de vasos que se entrechocan.

— ¿Tenéis hambre, barón? — preguntó Cortomontel.

— ¿Que si la tengo? — Digo, ¿pues no pregunta si tengo hambre?

Tan elocuente afirmación pareció decidir al exbandido.

— Tendría que ver, — dijo — que nos negaran hospitalidad y un pedazo de pan en ese antro.

Y con su mano apergaminada dióse á golpear furiosamente la puerta de la casa.

Tan inesperado y espantable ruido llenó de estupor á los clientes de la Pulpa y aun á la Pulpa misma. Sin embargo, repuesta esta última de su sorpresa, hubo de ordenar á una de las mujeres :

— Muévete, Mariola, y lleva contigo á Faustina. Ese modo de llamar indica que nos llega algún gentil-hombre de elevada alcurnia.

Las dos muchachas corrieron á la puerta,

— Preguntad quién es antes de abrir; — les gritó la voz aflautada de la opulenta celestina.

— ¡Francia! — contestó Cortomontel con voz cavernosa, luego de formulada la pregunta por las dos bellacas.

Y fué tal la emoción de ambas al oír la respuesta que tuvieron que apoyarse en la pared para no caer al suelo desvanecidas.

— ¡ El rey! — suspiró Faustina.

— ¡ Los reyes! — rectificó Mariola.

Ocupadísima con sus jóvenes y audaces clientes, la Pulpa no se enteraba de lo que hacían las dos mujeres, quienes antes de franquear la entrada, miraron á través del postiguillo.

— ¿ Ves algo? — preguntaba una de ellas.

— Claro que sí. Veo un hombre muy grande, con aire de gran señor.

Mariola hizo un gesto significativo.

— Debe ser Enrique de Valois... dijo... — Pero no comprendo qué es lo que viene á hacer aquí puesto que no le gustan las mujeres... ¿ Y el otro?

— El otro es pequeño, muy corpulento.

Al oír esto, la risa volvió á los labios de Mariola.

— Menos mal : ese debe ser Enrique de Bearn. Dicen que en materia de mujeres es de los más entendidos.

— ¡ Por los cuernos de todos los diablos! — gritó en esto impaciente el que llamaba, — ¿ tendré que hacer cañonear la bicoca para obligaros á abrir, malas pécoras?

— Abramos pronto; — aconsejó Faustina.

— ¡ Espera! dijo la napolitana que miraba á su vez por el postigo. — Me parece que llega más gente... — Sí, sí, vienen tres hombres más, y una mujer que lleva sayas encarnadas... Y aún hay otros detrás; hombres á caballo...

— Eso es que van á apuntar las culebrinas... Abramos, abramos enseguida.

Abrieron en efecto, y arrodilláronse en el acto, gritando al mismo tiempo :]

— ¡ Señora, señora, he aquí que llegan sus majestades de Francia y de Navarra.

El efecto fué inmediato.

Sorprendida en flagrante delito de profesorado de amor elemental, quiso la Pulpa levantarse, mientras balbuceaba confundiendo en inútiles genuflexiones :

— ¡ Señor! ¡ tanto honor á mi casa!...

— Gracias al mismísimo diablo, señora, gritaba el

supuesto Valois, yéndose amenazador hacia la obesa y sorprendida dama — al fin os encuentro... Pero por los calzones de Satán, culpable esposa, decidme de una vez qué vergonzoso oficio es el que hacéis aquí.

La brusca irrupción de Cortomontel, y la actitud de la considerable patrona, que parecía aplastada, sembraron cierto pánico entre la tímida y pasajera clientela de la casa de las miñonas.

Sin embargo, como allí se encontraban algunos viejos estudiantes de la Universidad de París y los más turbulentos elementos de la curia, en número de una treintena por lo menos, no tardaron en rehacerse; y picados por el insulto hecho á su ídolo y avergonzados de su propia pusilanimidad, hablaron, como quien no dice nada, de arrojar el agua al impertinente escogrifo que atreviase á levantar la voz, y á la bola de sebo que llevaba pegada á los talones.

— Barón, — murmuró el prudente Matraca al oído de su compadre — creo que vamos á pasarlo mal; sería prudente retirarnos.

Cortomontel se encogió de hombros, despreciativo, y dijo en voz alta:

— Esos pulgones se romperán los dientes en mi cuero que es muy duro, amigo barón. Eso sin contar con que nadie tiene el derecho de atacarme en mi propia casa.

Matraca lo miró consternado.

— Creo, noble amigo, que perdéis la razón; — le dijo. — En vuestra casa...

— Yo no sé si pierdo la razón: lo que sé es que

encuentro aquí á mi mujer; á mi infiel, fugaz y demasiado inflamable mitad... Y que tengo una verdadera satisfacción en recibirlos en un hogar que me pertenece con arreglo á la ley, puesto que su propietaria es algo mío, algo de mi propiedad, ¡sagrado ombligo de las once mil vírgenes!

La cólera de los clientes se trocó en sorpresa al oír estas razones. La pretensión formulada por el matasiete tenía algo y aun algos de inverosímil; pero la lamentable actitud de la Pulpa parecía robustecerla.

— Y como estoy en mi casa, — continuó diciendo Cortomontel, — permitid, compadre, que haga las presentaciones de rigor entre gentes bien educadas.

É imitando grotescamente los amenerados ademanes de los señores, añadió enseguida:

— Baronesa, tengo el gusto de presentaros al señor barón Botan. Barón, la señora Mirtila, baronesa Cortomontel, matrona alegre si las hay, y estupefactiva esposa de vuestro servidor.

— ¡Perdón Amadeo! — gimió la angustiada matrona, deslizándose como pudo hasta arrastrarse á los pies de su marido, quien apenas se acordaba ya de que en realidad se llamaba Amadeo.

En aquel preciso instante hacían su entrada los tres hombres y la mujer de las sayas rojas que distinguiera poco antes Mariola, que no eran otros que nuestros antiguos conocidos Reinalda la vasca y el maestro La Fraicheur, acompañados de dos auxiliares de este último.

Y los cuatro pudieron ser testigos de la explo-

sión de cólera que produjo en Cortomontel la audición de su ya olvidado nombre.

— ¡Ah, miserable! — rugió con voz tonante. — Mercancía vil y repugnante que se vende al mejor postor; ¿cómo te atreves, después de lo ocurrido...

La cólera le impedía hablar. Echaba espumarajos por la boca, y hubiérase dicho que iba á ahogarse de un momento á otro. Imposibilitado de formular razones, desenvainó el inconmensurable espadón que le diera Reinalda, balbuceando cuando le fué posible hacerlo :

— Cuanto á vosotros, mamoncillos, sabandijas, polvo de mis pies, sombra de mis bigotes, largo de aquí al momento. Libradme enseguida de vuestra presencia, ó como el diablo tiene cuernos que no dejo de vosotros ni los rabos.

Fingida ó real, su indignación le daba un aire de tal modo terrible, que presa de cierto saludable terror estudiantes y curiales, olvidando sus pretensiones á la heroicidad, se apresuraron á retirarse en buen orden.

Este incidente fué un golpe fatal para el vergonzoso comercio de la señora Mirtila. Una vez bajo la jurisdicción de su marido, ya nada tenía que hacer en aquella casa de las Miñonas, irremisiblemente perdida para siempre.

En ello pensaba la Pulpa mientras Reinalda permanecía en éxtasis ante el exbandido, admirando de tal modo su varonil energía, que en el corazón de Matraca hicieron irrupción los celos, sin que él mismo supiera cómo producíase tal fenómeno. Y es que al ver á Reinalda, acordábase de cuando fueron buenos amigos en

el castillo de Briac, de cuando juntos vivieron en casa del capitán Lanoue-Brazo de Hierro, y decíase interiormente que una muchacha bonita puede hacer olvidar á un buen muchacho su pasión por el dinero y hasta el culto de la propia estrella.

La llegada de Sed de Amor, de Faraubras y de los tres hombres encadenados, consiguió afortunadamente distraerle de tan tristes ideas.

— ¡Ah, señor caballero! ¡Ah, mi querido amo! — gritó arrojándose al cuello de Bernardo mientras que *Diógenes* presentaba sus perrunos homenajes á su primer educador. — Ya os creía yo arcabuceado, apuñalado, ahorcado ó quemado... Y he aquí que nos llegáis sano y salvo.

Mirtila se mostró humilde y respetuosa servidora en esta ocasión solemne. Comieron todos, y satisfecha tan parentoria necesidad, como Bernardo dijera á La Fraicheur que le hacían falta hombres para cierta expedición peligrosa, el antiguo maestro de armas ofreció en el acto su concurso y el de sus dos ayudantes.

Aumentada de este modo la cadena de que hablamos al principio de este capítulo, y cerrada la casa, atravesaron todos sin ruido la plaza, penetrando poco después en el patio del Hotel de Villanueva-Marsan, en el que les esperaba el gran marqués.